

plena satisfacción de una y otro; y la amante oficial, más favorita que nunca, no había visto un sólo instante atacado su poder, cuando, á principios de 1763, época en que nos hallamos, apareció en la corte la marquesa de Coislin, quien, inmediatamente, pretendió el puesto que ocupaba Madama de Pompadour.

## VII

## LOS MALOS ESPÍRITUS SE ENCUENTRAN

La señora de Coislin, milanese de origen, era una mujer soberbia.

De elevada estatura, admirablemente proporcionada y teniendo lo que se llama belleza capitosa, atrajo en seguida la atención del rey, que se enamoró al instante con tan intensa pasión que dejó en el acto á las huéspedes del Parque de los Ciervos.

Ante el peligro que la amenazaba, estaba alocada la Pompadour.

No podía equivocarse; la conducta de la señora de Coislin era demasiado visible para que no se adivinase el objeto que perseguía. Y parecía ésta tan segura de la victoria que se atrevía á desafiar de frente á la favorita, delante de toda la corte.

Una noche, la casualidad reunió en Marly á las dos rivales, en una mesa de juego, en que jugaban una contra otra.

— ¡Va todo! — dijo la milanese, mirando con rara insolencia á su contrincante.

Y como la Pompadour guardase silencio, volvió la Coislin á repetirlo, añadiendo con acento de triunfo:

— ¡Tengo todos los reyes!...

Y al pronunciar esas palabras miró tan victoriosamente á la favorita, que ésta comprendió al punto la alusión.

Y furiosa, arrojó las cartas casi á las narices de la atrevida.

Para aumentar su despecho, Luis XV, que desde lejos había presenciado la escena, llegó en aquel momento, y queriendo rescatar la falta de miramientos cometida por su concubina para con una persona de calidad, cogió el brazo de la señora de Coislin y dió con ella la vuelta á los salones.

Era este un favor que podía servir de declaración pública á la pasión del monarca.

Desde ese día, la favorita vió disminuir considerablemente los homenajes que se le tributaban desde su advenimiento al poder, al mismo tiempo que observaba ella que dichos homenajes se encaminaban á la que ya empezaban á llamar « la nueva ».

Mas no era ella mujer que se dejaba destronar de cualquier modo.

Pensaba que el capricho del rey por la bella milanese, por intenso que fuese, no había tenido tiempo de penetrar muy profundamente en su corazón, y que le sería posible impedir que profundizase.

¿Qué había que hacer para conseguirlo?

Oponer á la señora de Coislin una mujer cuyos encantos produjeran en el rey mayor impresión que los de aquella.

Pareciéndole infalible ese medio, púsose en seguida en busca de la que debería servirle para eclipsar á su rival y conservarle su posición.

La cosa no era fácil, porque como la de Coislin tuvo poder para hacer que el rey abandonase el Parque de los Ciervos, que sin embargo encerraba bellezas de primer orden, había que encontrar una hurí superior á todas éstas... y á la marquesa.

Por lo tanto, tardó mucho en encontrar á la que quería.

Por fin lo consiguió

Un día en que con las señoras de Hausset y de Mirepoix paseaba por Vincennes, vió pasar en una carroza á dos jóvenes admirablemente bellas, que eran las señoritas de Lagardère-Nevers y Luisa Moutier, que realizaban una de las excursiones de que ya hemos hablado.

La Pompadour lanzó una exclamación de alegría.

— He ahí el ave rara que buscamos — dijo á sus confidentes, designando á la linda pareja. — Me figuro que ante semejante tesoro, apenas brillará la Coislin... ¿Qué les parece?

— En efecto — respondieron las dos damas, — esas niñas son encantadoras. — ¿Cuál es, á su parecer, el ave rara?

— ¡La morena! ¡vaya una pregunta!

— ¡Una maravilla! — aprobó la señora de Mirepoix — una maravilla!

— Lo malo está en que es fruto prohibido para nosotros — observó la de Hausset.

— ¿Por qué?

— Porque es la señorita de Nevers, y que no podremos proceder con ella como lo hacemos con otras.

— Se equivoca usted mucho, si cree que ha de darme esa consideración — dijo impudicamente la Pompadour —. Señorita de Nevers ó no, parece que esa niña reúne las condiciones apetecidas para llegar al fin que yo deseo... y por más que...

Interrumpióse bruscamente y ocultó el rostro en el fondo del carruaje, porque le había parecido reconocer en una carroza que iba en sentido inverso al suyo, el rostro burlón de la marquesa de Coislin.

— ... Y por más que piensen ustedes — prosiguió con una especie de reto, así que hubo pasado el otro vehículo, — procederemos con esa hija de duque absolutamente del mismo modo que con otra cualquiera.

— Sin embargo — observó la señora de Hausset, algo asombrada de la desfachatez con que la favorita pensaba tratar á una persona noble, — ¿no teme usted que cuando el rey sepa quién es, le disguste que le hayan entregado la hija de uno de sus mejores gentileshombres con la misma facilidad que la de un simple criado?

— Lo que, si llega á efectuarse, no hará más que acelerar nuestra caída en vez de levantarnos — dijo la de Mirepoix.

— Nada de eso — dijo la marquesa; — conozco á Luis, y estoy segura de que la calidad de la señorita será

para él un atractivo más. Tengan confianza en mí, amigas mías, y no se inquieten por nada. Además, yo cargo con la completa responsabilidad de todo.

Las compañeras de la Pompadour no opinaban como ella. Pero, ante la certeza en que parecía estar de obtener un resultado ventajoso de su empresa, no opusieron objeción alguna y prometieronle que la ayudarían.

Ya se ha visto cómo hicieron las tres cómplices raptar á Blanca del convento de Picpus.

Expliquemos ahora lo que había producido el mismo atentado contra Luisa, por parte de la señora de Coislin.

Como hemos dicho, la milanese supo ejercer, desde su entrada en la corte, poderoso atractivo en Luis XV, para hacerle abandonar las delicias del Parque de los Ciervos y que le fuese casi indiferente su fundadora.

Pero como el monarca no era platónico ni mucho menos, y como la milanese, mal inspirada, se había presentado siempre con cierta reserva, procediendo con él como lo hubiera hecho con un simple aristócrata, es decir, no creyendo deber entregarse sin estar segura de compensaciones formales, el apasionado sentimiento del autócrata no tardó en disminuir.

Él también era interesado á su manera. Experimentaba cierto placer en creerse amado por sí mismo, y, pronto para pagarlo muy caro luego, consideraba muy natural que sus víctimas se sacrificasen por completo á su augusta persona.

La señora de Coislin, para desgracia suya, no lo

entendía así. Su principio era, á toca y daca ; por eso, la rápida variación del rey le causó profunda decepción, aniquilando en ella numerosas esperanzas.

Hija de humildes artesanos de Milán, había sido hallada por el marqués de Coislin, durante una estancia de este último en la ciudad lombarda y, habiéndolo seducido por su belleza, que ella no quería vender, se casó con él poco después.

No duró mucho tiempo ese matrimonio. Al cabo de un año, el marqués, ya viejo, murió de repente, dejando á su joven esposa todo su patrimonio, que era considerable.

Al verse libre y á la cabeza de varios cientos de miles de libras de renta, la nueva marquesa, sedienta de placeres, había ido á Venecia, país de locuras y amores, y empezó á llevar gran vida, disipando su fortuna con tal rapidez, que bastaron pocos años para que sólo le quedase una parte relativamente pequeña.

Y no le vino la reflexión hasta que se vió obligada á restringir sus gastos.

Era algo tarde. Por muy grandes que fueran sus remordimientos no podían devolverle las riquezas que había derrochado.

Cuando, un día, se quejaba de su casi ruina ante uno de sus amantes — porque los tenía numerosos, — le dijo éste.

— Querida mía, puedo indicarte un medio, no sólo de recuperar tu fortuna, sino también de conquistar una posición cien veces mejor que la que ahora tienes. Si quieres seguir mis consejos, nada hay más sencillo.

Eres admirablemente hermosa, y harías condenar á un santo, si se te antojase. He, pues, aquí, lo que te vendría hacer : reunir los restos de tu fortuna y marcharte á la corte de Francia, en donde te presentarías gracias al título que llevas. Luis XV tiene como favorita una mujer que ha pasado de los cuarenta, y de la cual, según he oído decir, empieza á cansarse ; así pues, maniobrando hábilmente, creo que conseguirías reemplazarla sin grandes esfuerzos. ¿Quieres intentarlo ?

— Allí voy — contestó en seguida la Coislin, deslumbrada por la brillante perspectiva que entreveía. — Pero, como necesito un guía para que me inicie en las costumbres de la corte, te agradecería que me acompañases.

— Iba á proponértelo — replicó el personaje ; — mi experiencia te será seguramente necesaria en muchas circunstancias.

Dos meses después, la viuda del marqués de Coislin llegaba á los alrededores de Versalles con dicho amante, que era un tal caballero Zeno, ex representante en Francia de la República de Venecia, y compraba el castillo de Chevreloup, antigua residencia de los señores de este nombre.

Luego, una vez instalada, presentóse en la corte, donde, gracias al apellido que su marido le había legado, fué recibida sin la menor dificultad.

El inmediato favor de que había gozado por parte del rey le hizo augurar que la predicción del caballero Zeno iba á realizarse, y ya formaba ella los más ambiciosos proyectos cuando, bruscamente, en el amor de

Luis XV hacia ella, había sobrevenido el período de disminución que tanto le había decepcionado.

De todos modos, como ese enfriamiento del monarca no se revelaba aún por señas exteriores, la Pompadour lo ignoraba y seguía temiéndola como el primer día.

En la crítica situación en que se hallaba, la Coislín consultó á Zeno, que parecía tan disgustado como ella, si no más, del cambio imprevisto; porque fundaba grandes esperanzas en su porvenir y contaba con sacar de ello buenos beneficios que le hacían gran falta.

En efecto, el ex embajador, después del singular asunto á consecuencia del cual se vió obligado á abandonar su puesto diplomático, no había hecho sino sumirse más en el desorden y el libertinaje, en donde había derrochado lo poco que le quedaba.

La señora de Coislín era, pues, para él, una especie de tabla de salvación, la última, sin duda, con que podía contar en lo sucesivo.

Ambos tuvieron consejo para detener el golpe que les amenazaba.

— ¡Pues bien! Todavía tenemos algunas probabilidades de éxito — dijo el veneciano, después de reflexionar un buen rato.

— Lo cree usted.

— ¡Seguramente *per bacco!* Sigamos el ejemplo que nos da la favorita para mantenerse en el poder.

— ¡Cómo! ¿Quiere usted que me envilezca ejerciendo el horrible oficio de proveedora de los placeres del rey? — exclamó la Coislín sublevada.

— ¿Por qué no?

— ¡Es que yo no tengo cuarenta años pasados! — repuso la marquesa, irritada y ofendida en su amor propio de mujer hermosa á quien repugnaba aquella manera de conservar el crédito del monarca.

— Ya que no se puede otra cosa, querida amiga. Como usted no quiere ceder sin estar segura de ser bien recompensada.

Y argumentó Zeno con tanta maña sobre el asunto, expuso razones tan convincentes, que acabó por que la marquesa opinase como él.

— ¡Bueno! ¡sea! — dijo — consiento en esa bajeza.

— ¡Ante todo, no presente usted más que una sola persona al rey! — dijo el caballero; — luego ya veremos cómo se ha de proceder.

Y convenido esto, ambos asociados se pusieron, como la Pompadour, en acecho de una víctima.

Si es verdad que los buenos espíritus se encuentran, parece ser que también los malos tienen esta propiedad, porque el día en que la favorita, decidiendo sustraer á Blanca de Lagardère-Nevers al cariño de los suyos, creyó haber visto á su rival en una carroza que iba en sentido contrario del suyo, y no se había equivocado.

La casualidad, favorable igualmente á la querida oficial y á la que trataba de suplantarla, las había hecho dirigirse ambas el mismo día, hacia el bosque de Vincennes.

De manera que la milanese y el veneciano, como las tres damas del otro carruaje, pudieron ver á Blanca y Luisa que éntaban juntas en Picpus, y lo mismo que éstas, fueron atraídas por la belleza de las dos niñas y

se apresuraron á enterarse de cuanto las concernía.

— *Diavolo!* — juró Zeno cuando hubieron hecho su inquisición — no nos metamos con Blanca de Lagardère-Nevers, pues no nos conduciría á nada bueno. Ya he tenido en otros tiempos algunas cuestiones con el duque su padre y puedo asegurar que es un personaje cuya cólera no es nada agradable.

La frase terminó con una fea mueca que su compañera no vió; pero que sin duda demostraba la piadosa satisfacción que experimentaba al evocar ese antiguo recuerdo.

— En cuanto á la otra — continuó — no tenemos que andar en miramientos con ella; es una huerfanita sin consecuencias y que, lejos de aborrecernos, deberá darnos las gracias por proporcionarle semejante posición.

El apellido de Moutier no le recordaba nada. Si su corazón vibraba todavía al recuerdo de una joven de quien había abusado cobardemente en otro tiempo llevándola por la astucia á su casita de Montmartre, en cambio, no guardaba el veneciano huella alguna de su apellido.

— Tiene usted razón, caballero — dijo la señora de Coislin, — sería imprudente hacer desempeñar semejante papel á una señorita de esa categoría, sea cual fuere el carácter de su protector natural, y es mejor que nos dediquemos á la joven Luisa Moutier. Pero, ¿cómo nos apoderaremos de ella?

— Eso es cosa mía — replicó Zeno. — Dispongo de una echadora de cartas á la que á veces voy á interro-

gar mi suerte, y cuya ayuda obtendré fácilmente, mediante una pequeña retribución. Me parece muy lista y tengo motivos para creer que no tardará en poner á la niña á nuestra disposición.

Y entonces se fué á buscar á Teresa Vignon de parte de la Coislin — porque no quería comprometerse y tenía numerosas razones para dejarse ver lo menos posible — y combinó con ella el rapto de Luisa.

— Sobre todo, ande de prisa — le había encargado — urge que se termine esto antes de ocho días.

Sabemos que la Vignon abrevió mucho ese plazo, porque, tres días después de entrar en el convento, salió de él con la huérfana.

Al saber las dos marquesas que las jóvenes que destinaban al rey estaban ya en su poder, creyó cada una estar segura de la victoria contra su rival, y habíanse desafiado con la mirada.

Por supuesto, que ambas ignoraban haber tenido la misma idea y haber empleado las mismas armas para combatirse.

Á la misma hora en que las señoras de Coislin y de Pompadour se enteraban de que se habían cumplido sus órdenes, dos jóvenes, casi dos adolescentes, entraban en el pueblo de Picpus y presentábanse á la tornera del convento de canonesas de San Agustín.

Uno de ellos era el marqués de Lagardère-Nevers, hermano gemelo de Blanca, que, regresado de Lorena, anticipándose veinticuatro horas á la vuelta de sus padres, acudió á abrazar á su hermana, así que se hubo quitado el polvo del camino.

El otro era el vizconde Romualdo de Dizons.

Ambos jóvenes eran íntimos amigos. Su amistad databa desde el día en que la inopinada presencia del conde había contribuido á libertar á Blanca y á Luisa de los actos groseros de unos soldados borrachos.

Desde entonces nació una simpatía recíproca entre

Enrique y Dizons, y continuaron en relaciones continuas.

Claro está que el marqués conocía el amor de este último á la señorita Moutier. Y hasta le acompañaba aquel día, para facilitarle una entrevista con ella.

De carácter casi idéntico, es decir, llenos de rectitud, llenos de ardor, y dispuestos siempre á cruzar su espada con el opresor, en favor del oprimido, los dos gentileshombres se apreciaron sin grandes esfuerzos.

El hijo del duque, dos ó tres años menor que su nuevo amigo, le reconoció en seguida, á pesar de su orgullo nativo, cierta superioridad sobre sí mismo.

En efecto, si Enrique heredaba de sus ascendientes ese valor para el combate y esa sangre en ebullición constante que había hecho de ellos una familia de héroes, el vizconde, sin cederle nada en este punto, era mucho más reflexivo de lo que en general son los jóvenes de su edad; y aunque se inflamaba en seguida, tenía también la suficiente fuerza de voluntad para contenerse cuando un razonamiento justo y rápido se lo aconsejaba.

Ese dominio sobre sí mismo chocaba al marqués y le producía tanta mayor admiración cuanto que él se sentía incapaz de domar sus arrebatos.

— ¡ Ah! — decía á veces, en broma. — Es usted el último caballero de la Tabla Redonda, querido Romualdo, y lleva usted sus varios siglos mucho más alegremente que el señor de Saint-Germain.

— Sí, búrlese de mí, Enrique — respondía el vizconde, cuyo rostro, habitualmente triste, se iluminaba con

ligera sonrisa; — eso no impide que si usted fuera más formal y yo no me viese encadenado por ese desgraciado amor, uniendo para el bien mi lanza á su espada, la primera de Francia, podríamos realizar maravillas.

Y era verdad lo que decía el vizconde: Enrique hubiera sido naturalmente muy ducho en el manejo de las armas, pues esto estaba en la sangre de los Lagardères, pero, como recibió lecciones combinadas del duque, de Cocardasse y de los dos Passepoils — cuatro espadas, cada una de las cuales valía por diez, — no había tardado en superar á sus maestros.

En un asalto de armas dado ante el rey, en Marly, el año anterior, Enrique, que á la sazón tenía sólo diez y seis años, había desarmado uno tras otro á ocho oficiales; después, había tocado con tres botonazos en triángulo á Bonifacio Passepoil, nuevo profesor de esgrima de la academia situada á la cabecera del Petit Châtellet; en tercer lugar, cual Bertrand Duguesclin cuando desazonó á su padre, con una terrible estocada de su invención, había tocado en la garganta al duque... ¡al mismo duque de Lagardère!, después de haber parado la célebre estocada de Nevers.

Desde este memorable asalto databa la fama del joven marqués, pues, al felicitarle, Luis XV le había dicho, en alta voz, para que lo oyese todo el mundo:

— Caballero, si tropieza con gentes lo bastante audaces para irritarle, debe usted, para que la partida sea igual, rogarles que se agreguen sus parientes y amigos, para zanjar las cuestiones que con usted tengan.

Al volver de Lorena, y antes de ir á Picpus, Enrique de Lagardère-Nevers, había pasado por casa del vizconde para decirle:

— Querido Romualdo, se le presenta una ocasión para ver á Luisa, placer del que se ve usted privado con frecuencia. Voy al convento para anunciar á Blanca nuestro regreso; venga conmigo, en calidad de amigo, diré que quiero saludar á la señorita de Moutier, y, al mismo tiempo, aprovechará usted de esta circunstancia para cambiar algunas palabras con ella.

Puede calcularse la prisa que se daría el joven en aceptar la invitación.

Ambos tenían lleno de alegría el corazón al hacer sonar la enorme campana que debía anunciar su visita, y esperaban con gran impaciencia el ser introducidos.

Pronto acudieron á abrirles. Apenas entreabierto la puerta, penetraron rápidamente, y al instante, sus miradas buscaron á Blanca y á Luisa á quienes suponían, en vista de lo agradable de la temperatura, paseando por el patio ó por el jardín.

No viéndolas en ninguno de estos sitios, dirigiéronse casi corriendo hacia el claustro, en donde las retendría sin duda algún ejercicio piadoso, cuando su atención fué atraída por varios grupos de hermanas, que hablaban animadamente y parecían presas de violenta emoción.

— ¿Qué ocurrirá? — se preguntaron los jóvenes. — Parece que ha debido de pasar algo extraordinario.

Acercáronse á un grupo é interrogaron á las canonesas acerca del motivo de la turbación en que las veían.

— ¡Ah! ¡si lo supieran ustedes!... ¡si lo supieran!... contestaron las monjas. — ¡Es horroroso, abominable!...

— ¿Qué es lo horroroso, lo abominable?

— Lo que ha sucedido... ¡Nunca podíamos esperar semejante cosa!.. ¿Será posible, Dios mío?... ¿será posible?

— ¿Pero qué ha pasado? Hablen ustedes... — insistieron los dos amigos, poco enterados con aquellas frases vagas.

Las hermanas se consultaron un rato al oído, y luego, con tono vacilante, respondieron :

— No podemos... La señora abadesa les enterará...

Y se separaron rápidamente de ellos, para que éstos no les dirigiesen nuevas preguntas.

Enrique y Dizons se miraron con ansiedad, y asaltados en seguida por siniestro presentimiento, fueron de un salto al locutorio, en donde, con el corazón encogido por la angustia, esperaron que llegase la superiora.

Ésta no tardó en aparecer, pues le habían avisado la visita de los jóvenes.

Tenía el rostro descompuesto y humedecido aún por recientes lágrimas.

Antes de que los muchachos la interrogasen, exclamó, con voz vibrante de indignación y de dolor :

— Señores, esta noche se ha cometido aquí un crimen horrible y sin precedente. Audaces malhechores han conseguido apoderarse de dos personas que estaban bajo mi protección, y han huido con ellas sin que yo me haya podido oponer.

— ¡Blanca! ¡Luisa! — exclamaron con un solo grito el marqués y el vizconde, quienes, por efecto de su cariño, no pensaron un solo momento en que pudieran ser otras las dos personas.

— Ustedes lo han dicho : de Blanca y Luisa quería hablarles.

Aunque estuviesen preparados para esta respuesta, los dos jóvenes experimentaron un nuevo choque.

— ¡Ira de Dios! — clamaron á una — ¡tan infame acto hará correr sangre!

— Me han sido raptadas hace algunas horas por unos miserables que han empleado una estratagema infernal para penetrar en el convento y burlar mi vigilancia — continuó la abadesa. — Miren ustedes.

Y les dió á conocer la astucia empleada por la señora Thibault y por el falso sobrino del tío Tanguy, así como también el modo de consumir su crimen.

Y confesó no conocer los verdaderos nombres de los miserables pues, sin duda, la Thibault había tomado un nombre supuesto, como lo había hecho su cómplice, para introducirse en el convento.

Así que la priora hubo concluído, los dos jóvenes permanecieron aterrados, y, en aquel momento, no pensaron en preguntar con qué objeto habrían sido raptadas Luisa y Blanca.

Sólo veían una cosa : que las niñas habían desaparecido y que estaban á la merced de gentes de la peor ralea.

— ¡Ah! ¡bandidos! — exclamó de pronto Enrique. — ¡Pagarán con sus vidas este odioso atentado!... ¡Viz-

conde, volemós á socorrer á las pobres muchachas y no paremos hasta encontrarlas!... Venga... venga...

Dizons estaba livido. El violento dolor que experimentaba, hacíale perder parte de sus recursos; pero si los raptos hubieran podido verle en aquel momento, su fría cólera les hubiera hecho temblar mucho más que el furor de Enrique.

Sin responder, dispúsose á seguir con un movimiento maquinal al hermano de Blanca.

— ¡Un instante, caballeros! — gritó la superiora. — En la precipitación con que quieren encontrar, usted, señor de Nevers, á su hermana, y usted señor de Dizons, á mí... pupila, se olvidan de que no saben adónde han sido conducidas.

— Es verdad — dijo el marqués, volviendo sobre sus pasos. — Estamos Romualdo y yo tan aturridos por esta desgracia, que ya no poseemos nuestro libre albedrío é íbamos á marchar á la ventura. Pero, ¿sabe usted algo, sobre eso, señora?

— Sí, creo saberlo... cuando menos en lo que concierne á Blanca... pues, respecto á Luisa, no tengo sino presentimientos.

— Hable, entonces, señora... hable pronto, que el tiempo urge.

— Aunque muy joven, supongo que no ignorará usted, señor marqués, la existencia de un establecimiento llamado el Parque de los Ciervos, en donde, según me han dicho, se entrega el rey á muy culpables distracciones.

— En efecto, no lo ignoro; pero... ¿qué relación hay?...

Luego, de repente, comprendiendo el pensamiento de la abadesa, añadió; con el rostro teñido de púrpura:

— ¡Cómo! ¿puede usted suponer que mi hermana, la hija del duque de Nevers, esté secuestrada en semejante lugar?

— Mucho lo temo; el bribón que se ha apoderado de ella, ha asegurado al tío Tanguy que la llevaría allí.

— ¡Oh! eso no puede ser, señora... ¡Blanca, un ángel tan puro... en semejante lugar!

— ¡Ah! mucho me alegraría que el miserable hubiera mentido; mas, desgraciadamente, tengo la intuición de que ha dicho la verdad.

— ¡Qué infamia! ¡Qué infamia! — exclamó el marqués, anonadado por lo que oía, pues conocía la suerte reservada á las desgraciadas que entraban en la casita de la calle de Saint-Médéric. — Pero corro á Versalles á arrancarla de ese antro, y, aunque tenga que tratarlo todo á sangre y á fuego, es menester que me sea devuelta antes que termine el día...

De nuevo quiso salir.

Pero esta vez fué el vizconde quien le retuvo, en tanto que sor Felipina le decía:

— Tenga cuidado, señor de Nevers: la violencia puede serle fatal en esta ocasión. Además, el acceso de la morada en cuestión debe de ser extremadamente difícil, y penetrar por la fuerza en ella es imposible.

— Tengo mi espada, señora — repuso el joven, con las facciones animadas por un simpático orgullo, — y con ella, estoy seguro de apartar á quienes osaren oponerse á mi paso.

— Sé que tiene usted excepcional valor, — dijo amablemente la superiora, — y que el peligro no hace retroceder á los de su raza. No obstante, por valeroso que sea, no dejarían de ser inútiles sus esfuerzos, desde el momento que, según parece, la casa está guardada noche y día por una compañía de soldados, cuya consigna es de las más severas.

— ¡Qué me importa! me arrojaré sobre ellos y...

— ... Y herirá usted á algunos, matará á otros, y, finalmente, acabará por ser rechazado por los que hayan quedado válidos. ¿Qué ocurrirá entonces?... Que le detendrán y le encerrarán en la cárcel...

— ¡Encerrarme en la cárcel por intentar sacar á mi hermana de tan vergonzoso antro!... — interrumpió, indignado, el marqués.

— No; no precisamente por eso, sino por quitar la vida á varios servidores de Su Majestad, los cuales, en medio de todo, no harían sino obedecer las órdenes del rey. Por consiguiente, lejos de servir á Blanca, la privaría, al contrario, por completo, de su apoyo.

— En ese caso, ¿qué me aconseja usted, señora? — gimió el joven que, no obstante las ganas que tenía de ir inmediatamente á salvar á su hermana, no podía menos de admitir la lógica de aquel razonamiento y experimentaba cierto desaliento.

— Obrar por subterfugio.

— ¿Por subterfugio? ¿Y cuál emplearé?

— No puedo indicarle uno exacto. Pero, yendo á estudiar el terreno, creo que tal vez pudiera descubrirse el medio de llegar subrepticamente hasta Blanca, ó, si

esto no fuera posible, de enviarle algunas palabras que le indicasen haber combinado un medio de evasión.

Como usted comprenderá, estas no son sino simples ideas que emito; todo depende de su iniciativa.

— Mientras tanto, señora, la pobre Blanca corre grandes peligros; cada momento que pasa puede ser el de su deshonra.

— Convengo en ello. De todos modos, reflexione usted que su situación sería aún más grave, si, como acabo de hacerle entrever, le encarcelan á usted á consecuencia de una pelea con los guardias del Parque de los Ciervos. Entonces, Blanca estaría perdida irremisiblemente.

Lagardère-Nevers parecía meditar las palabras de la superiora.

— Bueno — dijo al fin. — Me rindo á sus razones y haré lo que usted me dice.

Sin embargo — añadió acariciando el puño de la espada — hubiera preferido recurrir á esta espada que mi padre me ha ceñido para sostener las buenas causas... ¡y bien sabe Dios que ésta lo es!...

Luego, añadió, con amarga sonrisa:

— ¡No es triste que un gentilhombre tenga que acudir á la astucia, para vengar su honor?

— ¡Tiene el corazón de Felipe! — murmuró la abadesa, dirigiendo tierna mirada al joven.

Durante toda esta conversación, el vizconde estuvo paseándose por el locutorio, con agitado paso. Aplastado por su propio dolor, parecía hallarse á cien leguas de los intereses que se discutían á su lado.

Á la última observación de su amigo se paró de pronto; en vez de responder, preguntó con acento suplicante á la superiora :

— ¿Y yo, señora, y yo, á dónde debo ir á buscar á Luisa?

— Usted, señor de Dizons — replicó la abadesa — no tiene que ir á la casita del rey, pues no debe de estar allí ella, ó, por lo menos, no debe de estar aún; porque, sin saber de dónde me viene esta idea, creo que también han de conducirla allí! Pero, por ahora, está en otro sitio.

— ¿En dónde, señora?

— No lo podría decir exactamente. Sin embargo, puedo darle datos muy significativos. Ya le he dicho que esa mujer, esa señora Thibault, temiendo que á pesar de las pocas fuerzas que me quedaban, consiguiera yo impedirle andar, pues me asía á sus faldas, me ha obligado, por medio de un poder oculto, á volverme á mi celda.

¡Pues bien! ese mismo poder es el que, creando entre ella y yo una especie de lazo invisible, me ha permitido seguirla con los ojos del espíritu en su precipitada fuga.

— ¿Puede ser eso? — preguntó el vizconde.

— Sí. Mas, como, por desgracia, ignoro el nombre de los sitios por donde ha pasado y el del lugar en que se ha detenido, no puedo precisar nada, se lo repito.

— Sea lo que fuere, señora, díganos todo lo que sepa. Como nosotros conocemos bastante los alrededores de París, podría ser que, según sus datos, llegáramos á reconstituir el itinerario que ha seguido.

— Escuche, pues.

Y, para ver mejor en sí misma, cerró la abadesa los párpados, y después habló cual si asistiese en aquel momento á la tuga de Teresa Vignon y de la joven.

— He aquí — dijo — lo que veo claramente, á pesar del sueño en que estoy sumida.

Desde la puerta del convento, la mujer sube con Luisa á un carruaje que, acto seguido se marcha á toda la velocidad de sus caballos.

La niña se halla cómodamente instalada al lado de la señora de Thibault, cuya fisonomía expresa diabólica alegría.

El carruaje atraviesa enteramente á París, luego, llegado á los Campos Eliseos, se acerca al Sena, al que va orillando hasta una aldea cuyas primeras casas orlan el ribazo, y donde el río forma un recodo por la izquierda.

— ¡Billancourt! — exclamó Enrique, súbitamente interesado por aquella doble vista; — reconozco el sitio.

— Allí — continuó la abadesa — franquea un puente, tras el cual veo un burgo grande.

— Es indudablemente Sevres — observó á su vez Dizons, con voz temblona; — varias veces he pasado ese puente para ir allí.

— Llega al burgo, después de subir una cuesta muy pendiente, lo atraviesa también y toma una carretera á cuyos lados hay árboles.

— ¡La carretera de Sevres á Versailles, no cabe equivocación!... ¡Ah! ¡Desgraciada Luisa!... Por más que usted diga, señora, la han conducido á Versailles —

exclamó el vizconde, que ya no dudaba de que Luisa Moutier estuviera, como Blanca, en el serrallo de Luis XV.

— Aguarde — prosiguió la superiora. — El camino está adoquinado por el centro, y los caballos van animados por tal ardor, que á cada paso brotan bajo sus cascos haces de chispas que iluminan la oscuridad con incesantes relámpagos.

— Eso es, eso es, la carretera está empedrada como usted dice... — añadió el vizconde; — una vez más, señora, le digo que...

— Déjeme acabar — intimó la narradora, continuando así : — Al cabo de media hora de carrera, el coche llega cerca de una gran ciudad, en donde distingo anchas alamedas verdosas, vastos y soberbios monumentos.

— ¡Estaba seguro! ¡Versalles! — dijo de nuevo Dizons, dejándose caer en una butaca, por efecto de su gran emoción.

— Entra allí...

— Y se dirige hacia una calle desierta, deteniéndose ante un pabellón rodeado de jardín... — observó aún, casi involuntariamente el joven, sudando de angustia.

— No : corta la población al través; sale de ella por una puerta lateral y toma un camino estrecho, en cuyo recorrido hay pequeñas cabañas diseminadas á derecha é izquierda.

Levantóse el vizconde, respirando como si acabaran de quitarle un gran peso de encima del pecho : Luisa no estaba en el Parque de los Ciervos.

Pero ahora era presa de otra clase de ansiedad.

No conocía los pueblos situados más allá de Versailles, é ignoraba por lo tanto dónde había ido á parar la señorita Moutier.

— Ya estoy desorientado — dijo con tristeza; — nunca he ido por ahí... ¿ Y usted, Enrique?

— Yo tampoco — contestó el marqués.

— En fin — terminó la religiosa — el cochero modera la marcha de las caballerías y el carruaje se detiene poco después frente á la verja de una morada suntuosa que parece ser un castillo.

— ¿ Un castillo? — Bien, he ahí un indicio que nos será sumamente útil — dijo el vizconde. — En esos parajes no debe de abundar esa clase de habitaciones... Y, al detenerse el carruaje, ¿ qué ha ocurrido?

— ¡ Ah! ya no distingo nada más — repuso la superiora volviendo á abrir los ojos. — Por muchos esfuerzos que haga para devolver á mi cerebro su lucidez, reina en él completa oscuridad. Debe de haberse levantado entre esa mujer y yo un obstáculo que ha roto el hilo que me unía á ella. Y el no saber lo que han hecho de Luisa es uno de mis mayores tormentos. ¿ Qué es de ella, ahora? ¿Cuál es su suerte? Preguntas son éstas que me dirijo sin poder responder.

— Pero á las cuales responderé yo muy pronto, señora, — declaró enérgicamente Dizons. — Gracias á la pista que acaba usted de señalarme, voy á ponerme inmediatamente en su busca, y, por mi honor de caballero, juro que antes de cuarenta y ocho horas, podrá usted estrechar contra su corazón á Luisa en libertad...

¡Á menos que me maten! — añadió por lo bajo.

Mientras hablaba, habíase animado y como transfigurado el varonil rostro del vizconde.

La superiora le miraba con no disimulado contento y sentía renacer en ella la esperanza; porque la exaltación de aquel joven tan prudente como fuerte le demostraba que había tomado una resolución viril, cuyos efectos no podría parar ninguna potencia humana.

— Que Dios le oiga y le ayude — dijo sor Felipina enternecida, — porque esa niña es toda mi alegría; toda mi dicha en este mundo; sin ella, mi existencia no es más que tinieblas y la nada...

Luego, observando que el hermano de Blanca la miraba con sorpresa, y sonrojándose por la gran mentira que iba á tener que decir, añadió, con intención de explicar ese arrebato de ternura, algo demasiado vivo para una simple tutora que habla de su pupila:

— ¿No prometí á los que me la confiaron, ser para ella como una segunda madre?

Así como la mayor parte de los hombres cuyo espíritu moderado está en continua lucha contra un temperamento demasiado fogoso, Dizonsrefrenaba en seguida los pocos movimientos de cólera que se le escapaban.

Murmuró muy suavemente, como tratando de atenuar el reproche que iba á hacer:

— Comprendo, señora, que tenga usted cariño á Luisa, pues ella es tan buena, tan dulce, que los corazones van hacia ella por sí mismos. Pero, ya ve usted que, por muy grande que sea ese cariño, no ha podido preservarla de un odioso atentado... ¡Ah! ¿por qué no

ha querido usted ceder á mis instancias, consentir en nuestra unión? Hoy no tendríamos que temer por ella...

— Esas palabras no son generosas, caballero dijo la pobre mujer palideciendo. — ¿No me tritura ya bastante la desgracia que me hiera?

— ¡Oh! Dispénsame, señora... tiene usted razón... me extravía el dolor... ¡Padezco yo también tanto!... ¡Pensar que la que yo consideraba, no obstante negármela usted, como la que debía ser un día la compañera de mi vida, esté tal vez en este momento, siendo objeto de ultrajes sin nombre!...

Hubo una pausa, durante la cual los dos interlocutores, situados frente á frente — pues Enrique de Lagardère-Nevers se paseaba por el locutorio para matar su impaciencia — pudieron contar los latidos de sus corazones.

La superiora titubeaba para pronunciar las palabras que le subían á los labios. Evidentemente violenta lucha se desarrollaba en su interior, pues la pobre pasaba sucesivamente por todos los colores.

En fin, mirando frente á frente al joven, exclamó acalorada:

— ¡Pues bien! caballero, meriendo ante sus deseos: ¡saque á Luisa del lazo en que ha caído, haga que pueda venir á mi lado en el plazo prometido, y me comprometo á concederle su mano!...

Loco de alegría, tuvo que recostarse el vizconde contra el respaldo de una butaca de paja, para no caer de rodillas ante la tutora de Luisa; y, creyendo haber

oído mal, no atreviéndose á creer en tanta felicidad, que tal vez tuviera que pagar con su sangre, ó con su libertad, balbuceó muy bajito, con miedo de ser desmentido :

— Será verdad... ¿ Me la dará usted, por fin ?

— Sí, señor de Dizons... que sea su mujer. Puesto que el mismo Dios proporciona á usted ocasión de socorrerla, reconozco que necesita otra protección distinta de la mía... Sean benditos los dos... Si tiene usted la suerte de arrancarla á los peligros que la amenazan, recorran juntos el tan arduo camino de la vida. Desde el fondo de este claustro yo rogaré á Dios que aparte de sus pasos las espinas.

— ¡ Ah ! ¡ gracias, señora, gracias ! — exclamó el vizconde cogiendo las manos de la abadesa y cubriéndolas de besos de agradecimiento. — Como usted dice, hace usted la felicidad de Luisa y la mía... Y ahora, animado de nuevo valor, corro á su auxilio... no quiero permanecer más en esta incertidumbre que me mata.

— Vayan, pues, caballeros, usted, señor de Nevers, á salvar á su hermana, usted, señor de Dizons, á su prometida; y sobre todo, se lo recomiendo á los dos; ¡ sean prudentes !

El vizconde y el marqués — éste había interrumpido su paseo febril — prometieron seguir el consejo; luego, se despidieron en seguida de la superiora.

Tenían prisa por encontrarse solos, para combinar un plan que les permitiese llegar hasta las dos reclusas.

— ¡ Señor ! — murmuró la abadesa cuando hubieron

salido los dos amigos — servid de égida á esos dos buenos jóvenes que van á combatir por el bien...

¿ Y yo voy á permanecer inactiva ? No, no; en la medida de mis medios, debo y quiero socorrer á esas pobre niñas... Á Blanca, que me la confió Felipe, y á Luisa... que es otro yo mío... ¡ Sí, lo debo !...

¡ Iré á ver á Monseñor de Baumont, iré á ver al Rey, y, hasta, si es preciso, iré á pedir justicia y á ponerme á los pies de esa mujer que deshonra la primera grada del trono !...

Y salió del locutorio.

Estaba tan absorta en sus pensamientos, que no notó, antes de salir, escondiéndose tras la puerta, á Verónica, que, oculta allí desde el principio de su conversación con los jóvenes, no había perdido una palabra.

En cuanto la superiora hubo desaparecido, sor Verónica abandonó su puesto y subió á la celda, encerrándose en ella.

Segura entonces de no ser sorprendida, sacó de un cofrecillo un pequeño medallón que representaba á un joven oficial de guardias franceses y dijo, muy emocionada :

— ¡ También yo, Felipe, te juro emplearme en salvar á tu hija !... Esto me servirá para rescatar parte del mal que te he hecho, así como también á tu madre... ¡ Dios quiera que tenga la dicha de conseguirlo !...